

OMAR JAEN SUAREZ

*La presencia africana
en Panamá*

OMAR JAEN SUAREZ

La presencia africana en Panamá

1. Introducción.

El tema de la presencia africana en Panamá tiene amplias facetas y adquiere cada día mayor interés. Su cuantificación ha conocido los más diversos intentos, ha excitado más de una curiosidad y a menudo ha provocado graves errores de interpretación histórica y sociológica.

En esta ocasión intentaré exponer un cuadro de la evolución demográfica de la esclavitud en el Istmo mediante sus dos modalidades, la del esclavo que permanece localmente y la del transeúnte, que permitirá precisar mejor a los investigadores la intensidad de la adquisición, por parte de la sociedad panameña colonial, de elementos culturales africanos importados directamente del Continente negro. Luego, añadiré el impacto demo-

gráfico más reciente, producido por la inmigración de negros antillanos que vienen a Panamá principalmente durante el período de construcción del canal interoceánico.

Tradicionalmente y siguiendo la concepción eurocentrista e hispanizante de ciertos historiadores panameños, el Africa tenía una presencia modesta, marginal y hasta a veces oculta en nuestra sociedad. Panamá era según ellos, la creación sublime de Conquistadores gallardos, de nobles espíritus que imbuidos de una misión civilizadora, cristianizaron a una antigua raza indígena indómita y valerosa, aunque para algunos fuese también perversa, ladina y relamida. Esos Conquistadores se sirvieron de una minoría doméstica y esclava que era mejor relegar a la cálida oscuridad de la co-

cina o a la penumbra cómplice de la recámara.

Sin embargo, por razones igualmente ideológicas y siguiendo tal vez un pretendido llamado ancestral vía "New York", otros historiadores, quizás más bien sociólogos, hacen salir a la luz legiones compactas, densas y enortijadas de africanos, promovidos rápidamente al rango de constructores del país.

Una corriente de opinión de ascendencia antillana, sostiene que 79% de la población de la República es, en la actualidad, negra. Siguiendo su criterio, un indígena hubiera podido hacer una aseveración semejante y un caucásico, con toda legitimidad, podría acercarse parcialmente a tal cifra. Esos excesos nos mueven a pensar que reivindicar enteramente para una sola raza una parte, a menudo minoritaria, del bagaje genético o de la apariencia fenotípica de los panameños es, sin lugar a dudas, por lo menos una ingenuidad. Si a ello añadimos la complejidad de los elementos culturales de los diversos grupos humanos panameños reducidos a un sólo origen, llegaríamos al absurdo total. No obstante los descos de abundante compañía, la citada corriente de opinión tiene el mérito de llamar nuestra atención sobre la necesidad de intentar una mejor precisión, si es posible cuantitativa, del componente africano del cuerpo y del alma del panameño, para luego explicar, de manera

más convincente, la estructura y el funcionamiento de la sociedad nacional.

2. El problema del número.

El problema del número de habitantes, que ya es considerable a medida que nos alejamos del primer censo más o menos confiable, el de 1920, se convierte en un verdadero rompecabezas cuando se trata de determinar la evolución de un sector de la población definido por criterios tan subjetivos como la raza.

Decir que a mediados del siglo XVI había tantos negros en Panamá y compararlos con los de fines del siglo XVIII es ya una operación bien arriesgada, que se convertiría en pretensión ridícula si quisiéramos compararlos con los de 1920 o más aún con los de hoy. Porque aparte de los casos extremos en que el fenotipo no deja lugar a dudas, la definición de negro y la apreciación de la frontera con los otros grupos raciales sufren evoluciones sensibles con el paso del tiempo. Así por ejemplo, a principios del siglo XX, con la llegada de los norteamericanos a la Zona del Canal y su intenso sentimiento racista, sus sistemas de clasificación tienden a imitarse en el resto del territorio nacional. Según ellos, prácticamente un alto porcentaje de panameños tradicionalmente considerados en Panamá como blancos y cuando más mestizos, son clasificados como negros.

Aún en la época colonial, se producen fenómenos semejantes. Como ejemplo, recuerdo que en otra ocasión demostré el caso del emblanquecimiento administrativo de que fue objeto un grupo de mujeres de la ciudad de Panamá consideradas negras puras al momento de su nacimiento, entre 1775-1785, y promovidas a la categoría de pardas o morenas sólo algunos años después, al momento del parto, entre 1810 y 1818. Advertimos aquí que en el ocaso de la esclavitud en el Istmo la apelación de "negro" tenía una connotación más bien estamental que racial. El calificativo de negro se reservaba, a principios del siglo XIX, al grupo sometido al régimen jurídico de la esclavitud.

Esto no quiere decir que no podemos apreciar, cuantitativamente a grosso modo, la conformación de los diversos grupos humanos de Panamá y su evolución en el tiempo. Podemos muy bien, con fines comparativos, intentar la ilustración del fenómeno del mestizaje y determinar, por ejemplo, la evolución del grupo negro colonial de esclavos y negros y mulatos libres, ya se llamen pardos, morenos o cuarterones. Pero esa delicada operación hay que realizarla con mucho cuidado, especialmente cuando se trata de fechas distantes.

Esta pequeña digresión valga sólo para llamar la atención sobre los peligros de utilizar, sin una crítica conveniente y riguro-

sa, los datos estadísticos parroquiales o censales relativos a la raza, para sacar conclusiones prematuras o erradas.

Pero el problema del número no sólo se refiere a la población de un determinado grupo racial, estamental o cultural. También el cálculo de porcentajes en relación con el universo total de referencia se ve alterado significativamente por omisiones y lagunas en los diversos censos coloniales y hasta en los censos republicanos del siglo XIX.

En efecto, también en otra ocasión estimé que en 1600, el 50% aproximadamente de la población del Istmo de Panamá no se encontraba registrada en los censos y padrones de población, el 40% en 1736, el 25% en 1788, cerca del 10% en 1803, el 7% en 1843 y el 1% en 1920. Las tasas de crecimiento natural que resultaban con los datos censales tradicionales eran simplemente absurdas en sociedades técnica y médicamente poco evolucionadas, sometidas al llamado régimen demográfico natural, si olvidamos a estos importantes contingentes humanos panameños. Sin embargo, este ejército de las sombras, esa población marginada de la autoridad colonial y de sus registros burocráticos más rigurosos tiene una raza, ostenta una cultura e impone una presencia, a veces violenta como en el caso del guaymí inestable hasta los primeros años del siglo XIX, y lo más a menudo discreta, co-

mo por ejemplo, ciertas poblaciones indígenas del Darién cuya magnitud era casi siempre menospreciada.

A pesar de ese hecho, todos nuestros historiadores han realizado sus cálculos partiendo sólo de la población registrada en los censos y padrones oficiales. De allí el enorme error de óptica, la grave deformación de una dilatada realidad histórica.

Después de estas reservas metodológicas, presentadas es cierto en forma demasiado general por las limitaciones naturales de esta conferencia, creo conveniente tratar de entrar en el fondo de nuestra preocupación, el problema del peso de los esclavos transeúntes y de aquellos que permanecen en el país.

3. Tránsito y arraigo de esclavos.

La presencia africana colonial es, en Panamá, causada por el fenómeno de la esclavitud. Aparte de algunos casos absolutamente excepcionales, la documentación habla siempre de la llegada de africanos en calidad de esclavos. Pero esta presencia, aunque sea numéricamente minoritaria para toda la época colonial, tiene un peso aún mayor en la conformación de las mentalidades y comportamientos de los otros grupos raciales o estamentales.

De la agitación febril del siglo XVI parecen quedar relativamente pocos rastros demográficos en el Istmo de Panamá.

Hacia 1607, de los 25.000 habitantes aproximadamente del territorio, 20% son esclavos y quizás un 15% negros libres, sin duda mestizados más bien con indias. La relación de masculinidad es de 2.2 esclavos hombres por una hembra, lo cual no favorece la reproducción del grupo. A fines del siglo XVII, hacia 1691, la población se ha elevado a alrededor de 40.000 almas, de las cuales casi la mitad son indígenas marginales, que serán rápidamente integrados, por aculturación, a lo largo del siglo siguiente.

En el siglo XVII, la actividad de la trata es intensa, pero ella se desarrolla plenamente sobre todo después de 1663 cuando se establece el primer "asiento" moderno, monopolista y si se puede decir industrial, el de los genoveses Grillo y Lomelin, al cual suceden los franceses y su célebre Compañía de Guinea. Las cifras son inciertas, pero pareciera que en el siglo XVII, transitaban por Panamá por lo menos 50.000 negros, quizás muchos más, especialmente destinados a las plantaciones de la costa tropical del Pacífico sudamericano. El tránsito en la época no se parece para nada al actual. Los transportes eran lentos, las estadías en los sitios de relevo y transbordo, relativamente largas. Los contactos con la población local más arraigada, sin duda frecuentes y hasta fecundos.

Más cerca aún de nosotros, en el siglo XVIII, se cuentan en más de 40.000 los esclavos que llegan a las costas panameñas por la vía legal, la mayor parte de los cuales en tránsito hacia el Sur, aunque la mitad lo hicieron durante los primeros 25 años del siglo, los más activos. La estadía puede demorar semanas, a veces meses, en las Casas de Toque de la ermita de San Miguel, en las sabanas de la ciudad de Panamá, en espera de compradores eventuales o de las pocas naves que en esa época de comercio reducido, zarparan hacia el Sur.

La población urbana, y en particular la de la ciudad de Panamá, será la más marcada por la impronta cultural africana que deja en Panamá la población negra en tránsito. Quizás ello explique mejor la intensidad de los elementos culturales del Africa negra en las mentalidades panameñas, independientemente de la dosificación genética de la población.

La presencia de ese contingente de africanos siempre de fecha reciente, a lo largo de dos siglos, se añade al esclavo más aculturado que permanece en el país, marcando con mayor intensidad el espíritu del resto de la sociedad obligada a su contacto estrecho. Mediante ellos, quizás más que por los esclavos que se quedan en Panamá, el Istmo ha participado de la evolución de las mismas sociedades africanas donadoras de esclavos y mantenido, sin quererlo ni percibirlo

conscientemente, un vínculo más permanente con el Continente negro.

De las poblaciones urbanas, los dos extremos serán los más afectados por el arribaje africano: los esclavos ya establecidos, compañeros de infortunio y los blancos dominantes, sus nuevos amos, compañeros de cohabitación.

4. Africanización cultural de las clases dominantes.

El sello de profunda africanidad que se respira en los documentos de la época colonial, producidos por el estamento de los dominantes blancos y estampado por sus escribanos hispánicos, le debe mucho a estos transeúntes, pero también quizás más a los que permanecen de manera más definitiva.

El negro bozal, es decir el africano aún no enteramente aculturado ni cristianizado, es puesto en venta en las Casas de Toque. Allí, un burgués capitalino lo adquiere y le da su apellido al sancionar, mediante el bautismo, este nuevo parentesco espiritual que se convertirá también, por el vínculo estrecho provocado sobre todo por la esclavitud doméstica tan importante en el Istmo, en parentesco sociológico. Así nace una primera relación, quizás una complicidad, profundizada por la prolongada cohabitación en la residencia del Intramuros de la Nueva ciudad, con las clases dominantes coloniales urbanas. Ellas, en nuestro país ten-

drán cada vez más un alma de negro en un cuerpo de blanco. Este hecho se produce gracias, primero, al efecto de los números. Por ejemplo, en 1575, 800 blancos aproximadamente son servidos por 1.600 esclavos; en 1607, 1.267 blancos de la ciudad de Panamá entre los cuales se incluyen a los amos y sus familiares, poseen 3.696 esclavos. En 1790, las cifras son de 862 blancos y 1.676 esclavos. Si bien es cierto que en la ciudad se produce un verdadero modo de producción esclavista durante la época colonial y que por lo tanto una parte importante de los negros, entre 60% y 80% están destinados a trabajos en el comercio, el transporte transísmico y las sabanas o las islas de su próximo hinterland, todos los amos conservan, en su residencia del Intramuro de San Felipe, una domesticidad esclava, sobre todo femenina. En el interior del país, para las clases dominantes semi-feudales, más depauparadas, la domesticidad será la manifestación mayor de la esclavitud la cual es, además del color de la piel del amo y la extensión de su hato, el mayor símbolo de status social. Pocos son los amos con más de 5 esclavos en las inmensas sabanas y los mayores, en el siglo XVIII, no superan los 30 negros en Santiago de Veraguas, Penonomé y Antón. Raras son las haciendas que necesitan mucha mano de obra. El jornalero libre es barato y relativamente abundante. El esclavo es un ver-

dadero y desmedido lujo hasta para los más importantes señores rurales.

Esta sociedad panameña de dominantes blancos de los siglos XVII y XVIII, particularmente urbana, escapa a la africanización cultural completa gracias al hecho de que ella no es, durante la época colonial, demográficamente autónoma. De tal forma, el número de sus miembros se mantiene bastante constante para servir las necesidades de la función transísmica, como resultado de la inmigración permanente europea, española principalmente y también italiana: hasta fines del siglo XVIII, casi siempre entre un tercio y la mitad de los amos son inmigrantes recientes.

Los vínculos estrechos entre los esclavos y sus amos se manifiestan de múltiples maneras, según la dialéctica particular que desarrollan y los mecanismos de adaptación. En una sociedad de amos con un régimen demográfico más bien maltusiano tocará finalmente al grupo de esclavos, más arraigado, asegurar, por lo menos desde el siglo XVIII, una cierta continuidad de los patrones de referencia de una sociedad cambiante. La antigüedad de los linajes de esclavos y por lo tanto su dilatado arraigo, es atestiguada por los apellidos que portan. Por ejemplo, los hijos de las madres esclavas van a prolongar, muchas veces después de extinguida la estirpe del amo, su apellido y los nombres más

usuales de su antigua familia, en tantas ramas como esclavos bozales compró, fenómeno que advertimos hoy en los grupos negros coloniales quienes ostentan los apellidos de los patricios de Portobelo, la ciudad de Panamá y los señores del interior rural de los siglos XVII y XVIII. Así se va creando una insólita red de continuidad en la urbe y también en las islas de las Perlas y en el campo más integrado a la economía de mercado, en Chepo, Chame, Antón, Penonomé, Natá, Santa María, Parita, Los Santos, Santiago, Remedios y Alanje que supera, con creces, la capacidad de continuidad de las clases dominantes coloniales y en particular las urbanas. Ello es el resultado de la evolución notable del fenómeno de la esclavitud.

A principios del siglo XVII, el contingente esclavo se alimentaba, en Panamá, casi exclusivamente del exterior. De tal manera, en 1607 encontramos 220 hombres por 100 mujeres esclavas lo cual, por falta también de mujeres en los otros grupos esencialmente subordinados, no permite un importante crecimiento natural del grupo. Pero, más tarde, en el siglo XVIII, llegamos a una situación de equilibrio, resultado de un gran arraigo, de 100 hombres por igual número de mujeres esclavas. En este caso los burgueses de Panamá compran pocos negros bozales y más bien venden cierta cantidad de sus negros criollos al Perú, es-

pecialmente los que causaban problemas.

5. El peso de la esclavitud urbana.

La esclavitud es, en Panamá, un fenómeno fundamentalmente urbano, tal como lo hemos ya sugerido. Desafortunadamente tenemos pocos datos estadísticos para demostrar esta tesis en los siglos XVI y XVII. No obstante, la demostración es posible de manera directa. Así, en el siglo XVI se destaca el fenómeno minero veraguense, por cierto efímero, de 1569 a 1589, cuando vemos entre 500 y 2.000 esclavos en los lavaderos auríferos de la vertiente atlántica. Ellos no permanecen definitivamente en el Istmo y partirán, junto con sus amos, a la Antioquia colombiana al final del auge. En 1577 ellos eran, en el momento culminante, cerca de 2.000 esclavos, mientras que en la ciudad de Panamá registramos aproximadamente 1.600 esclavos en 1575 que aumentarán a cerca de 1.900 en 1607. Algunos centenares de negros esclavos están también presentes en los dos poblados más importantes del interior rural a fines del siglo XVI, Natá y Los Santos, para servir en la floreciente economía agraria vinculada con el mercado minero, que ya hemos visto, termina rápidamente. El resto de las campiñas no atrae la atención de los cronistas. Sólo se mencionan, a fines del siglo XVII, a algunos hacendados en el área de Antón y de Santa María quienes, junto con sus es-

clavos, crearán las ermitas de ese nombre.

En el siglo XVII, la población integrada a la autoridad colonial en el interior rural es escasa: sólo 4.100 habitantes son contados hacia 1607 en las amplias sabanas de Coclé, Azuero y Veraguas y menos de 900 en Chiriquí, cuando en la ciudad de Panamá y sus alrededores encontramos 5.708 almas, de las cuales 65% son esclavas. Antes de mediados del siglo XVII, entre 1620 y 1627 se llega a afirmar que existen en la ciudad de Panamá hasta 10.000 esclavos, cifra de dudosa exactitud puesto que los negocios transístmicos no han crecido en la misma proporción, y que más bien expresa un aumento efímero del fenómeno esclavista. En 1756, por ejemplo, en la Gobernación de Veraguas, que comprendía además de la actual provincia también la de Chiriquí, 66% de los esclavos viven en las cabeceras y Santiago reúne a la mitad de todos los esclavos de la jurisdicción. La ciudad de Panamá, por su parte, en 1790, con 9% de la población del Istmo alberga 50% de todos los esclavos del país.

6. Muerte de la esclavitud.

Desde mediados del siglo XVIII se advierte una evolución de la esclavitud en el Istmo que la lleva a su total extinción, un siglo después, en 1851, cuando se ejecuta la ley de cese de tal régimen jurídico.

El número de esclavos disminuye paulatinamente y, más rápido aún, su peso demográfico relativo en la sociedad total. Hacia 1755, había cerca de 4.300 esclavos en el Istmo de Panamá, los cuales formaban el 7% de la población total; ellos son cerca de 2.800 en 1790, o sea, el 3.5% de los habitantes del Istmo, porcentaje que desciende a sólo 1% en vísperas de 1851.

Además de la ley de 1821 de libertad de vientres que condenaba la institución a su inevitable extinción con la muerte natural de los esclavos existentes según sus expectativas de vida, tres fenómenos concurren para propiciar su rápida disminución: el debilitamiento sensible de la trata a partir del último cuarto del siglo XVIII y su cese definitivo desde 1803, la venta de negros criollos al Perú y la liberación gratuita u onerosa de esclavos que se intensifica en el período de 1803 a 1817 y que solamente en la ciudad de Panamá se refiere a 185 individuos, la mayor parte jóvenes.

Finalmente, al ejecutarse la abolición definitiva de la esclavitud, sólo hay que liberar cerca de 1.000 personas, de edad avanzada en el Istmo.

Pero otro arribaje de poblaciones negras se precisa pronto, que transformará considerablemente la presencia africana en el Istmo. El mismo año de la abolición definitiva de la esclavitud comienzan a llegar los contingentes de

antillanos, jornaleros libres para la construcción del ferrocarril de Panamá. Ellos constituyen el antecedente de arribajes más importantes que se producen durante la construcción del Canal de Panamá, sobre todo entre 1881 y 1889 y entre 1904 y 1914. Este último, más reciente, tendrá consecuencias demográficas mucho mayores en la formación de la sociedad actual.

7. Migración, Trabajo y Obras Transístmicas de 1889 a 1903.

En 1881, cuando se inician realmente las labores de excavación, la nómina de empleados alcanza 967 hombres de promedio, la cual aumenta considerablemente para mantenerse entre 14.000 y 17.000 hasta 1888. En muy poco tiempo, el Istmo Central de Panamá duplicará su población gracias al arribo de la masa de trabajadores del canal, además de nuevos inmigrantes que encuentran empleo en la reanimación de la venta de bienes y servicios, particularmente de la actividad comercial.

Los movimientos de población de corta duración, la migración temporal en sus variados tipos, de retorno, cíclica, pendular y estacional dominan muy ampliamente el arraigo de los trabajadores extranjeros cuyo origen es muy heterogéneo.

Algunos trabajadores se importan de Cartagena, Venezuela, Cuba, Barbados, Santa Lucía y Martinica. Unos cuantos africanos

llegan de Senegal. Sin embargo, la mayor parte de los trabajadores vendrán, a fines del siglo XIX, de Jamaica: por ejemplo, de 12.875 hombres importados en 1885, 9.000 vinieron de esa isla. George Roberts, el mejor historiador de la población de la isla estima que 43.000 personas aproximadamente viajaron de Jamaica a Panamá. De ellos, pocos quedan en el Istmo. La inmigración de retorno es muy importante, hasta el punto que, cuando los norteamericanos reinician los trabajos en 1904, no encuentran más de 1.000 hombres en Panamá con experiencia en los trabajos del canal.

La misma naturaleza de la motivación que estimuló al obrero antillano a viajar a Panamá hace que el trabajo estacional y las migraciones de retorno ocupen el lugar preponderante: los jamaicanos, sobre todo, vienen a Panamá con la intención de ahorrar algunos pesos. Por otra parte, el rigor del clima, la carestía de Panamá y las políticas de las compañías de vapores que favorecen el viaje hasta Jamaica, alentaban una corta estadía en Panamá. Durante las fiestas de Pascua Florida, observadas con especial cuidado por los negros anglicanos, se producen verdaderos traslados de población del Istmo en dirección de las Antillas.

Esta población también sufre los rigores del clima del Istmo y ofrece su importante contingente de víctimas a los 6.000 hombres

de la empresa canalera muertos durante los primeros 23 años de trabajos, de 1880 a 1903. Sin embargo, las enfermedades endémicas tropicales, el paludismo y la fiebre amarilla, además de la tuberculosis, neumonía y disentería, tienen efectos relativamente más perniciosos en el 10% a 15% de empleados del estrato superior, en particular los ingenieros y administradores blancos, de origen europeo lo más a menudo, quienes crearon la leyenda negra de la mortalidad transístmica.

La inmigración de estas poblaciones europeas, principalmente de España y Francia, se acompaña del fortalecimiento de una corriente migratoria de las Antillas inglesas y holandesas, que se refiere a la comunidad de judíos sefarditas, quienes se habían establecido en ellas desde fines del siglo XVII. De Curazao y Santa Lucía llegan a Panamá, en esta segunda mitad del siglo XIX, y se arraigan con mayor fuerza durante el período de construcción del canal, familias de origen hebreo quienes dominarán rápidamente la actividad comercial y establecerán un círculo de relaciones muy originales con las islas del Caribe y las principales plazas comerciales de entonces, en Nueva York, Londres, Hamburgo y Amsterdam.

A pesar de la intensidad de los fenómenos de población y gracias a la importancia de las migraciones de retorno, cuando se inicia el siglo XX quedan pocas

huellas, en el Istmo, de más de 20 años de experiencia en las obras canaleras.

8. Los trabajadores del Canal de Panamá del 1904 a 1920

Al contrario de lo que sucedió durante la época del Canal francés, en el período de construcción del Canal de Panamá por los norteamericanos se establece un modo de organización social en el trabajo que dejará huellas durables en la organización del espacio y en particular en el poblamiento de la región metropolitana.

Los norteamericanos organizan rápidamente la estructura de personal que debería, en diez años, concluir la obra interoceánica. El reclutamiento de trabajadores se intensifica: ya en 1906, con 26.547 hombres, se ha superado el más alto promedio registrado en la época del Canal francés y en 1913 se llega a los 56.654 trabajadores de promedio, el más alto para todo el período. ¿De dónde venía esta masa trabajadora? ¿Cuáles eran sus patrones de migración? El Istmo, ya lo hemos visto, no podía satisfacer tan abundante fuerza laboral por lo que es necesario recurrir a la contratación de trabajadores extranjeros: entre 1904 y 1914, la Comisión del Canal Istmico declara haber traído a Panamá, bajo contrato desde el exterior, a 45.107 hombres, sin incluir a los norteamericanos los cuales, sumados en el período, alcanzaron sin duda los 15.000

hombres, probablemente mucho más. Ya en el reclutamiento se advierte el contraste racial que tendrá una importancia capital en el modelamiento urbano en la Zona del Canal y en las ciudades de Panamá y Colón: de los 60.000 trabajadores extranjeros importados, aproximadamente un tercio son blancos y dos tercios, negros. Excluyendo a los Estados Unidos como país extranjero prestador de mano de obra, tenemos que el suministro de trabajadores es muy localizado geográficamente de la Isla de Barbados vienen 19.900 personas en 10 años, lo que representa un 44.1% y de las islas francesas, Martinica y Guadalupe 7.595 hombres, o sea 16.9%. Si sumamos las islas del Caribe de poblamiento negro, llegamos al 68.5% de estos trabajadores importados. Europa produce 11.873 hombres; es decir el 26.3%, de los cuales 8.298 vienen de España sobre todo del Norte y 1.941 de Italia, además de 2.000 hombres más aproximadamente que llegaron, extraoficialmente, sin contrato en 1910.

A diferencia del primer período del Canal francés, a principios del siglo XX se realiza un progreso notable de saneamiento en el Istmo Central de Panamá. Las principales enfermedades endémicas desaparecen y la tasa de mortalidad entre los empleados del canal desciende de 60 por mil en 1885 a menos de 6 por mil en 1915.

A pesar de que la tasa de reemplazo de trabajadores es altísima y que las migraciones de retorno son igualmente equivalentes, esta gran afluencia de obreros extranjeros y su división racial en grupos diferenciados se reflejará en un modo especial de ocupación del espacio tanto en la Zona del Canal de Panamá como en las ciudades terminales. El régimen de discriminación racial impuesto desde el principio por los norteamericanos entre sus empleados en la Zona del Canal se manifiesta en la localización espacial de las viviendas y de los servicios públicos. Para los empleados blancos se remodela el área de Balboa y se crea una ciudad jardín agradable, de baja densidad, con sus hospitales, tiendas, cines, servicios públicos esenciales, restaurantes, escuelas, dispensarios de menor calidad y sus cuarteles de policía. Este mismo concepto de urbanización habrá de continuar desarrollándose en la Zona del Canal después de haberse terminado los trabajos de construcción de la vía acuática intermarina.

Al contrario de lo que sucedió con los franceses, en los primeros veinte años del siglo XX, gran parte de los trabajadores antillanos permanecen en Panamá.

Las ciudades de Panamá y Colón no se encuentran preparadas para recibir la masa de trabajadores inmigrantes, sobre todo aquellos que no habían sido contratados directamente por la Comisión del Canal Istmico. Así, se

crearon nuevos barrios-dormitorios, provisionales, con sus casas de madera al estilo antillano en donde se alojará una población isleña que hace una estadía laboral, en principio temporal. Sin embargo, estos verdaderos "ghettos" urbanos permanecerán después de la terminación de los trabajos del canal, habitados por la masa de trabajadores desocupados o semiocupados que no encuentran, ni en las plantaciones bananeras de Panamá o de Centroamérica, ni en sus países de origen, un futuro mejor que el sórdido hacinamiento al que se ven destinados en Panamá y Colón. De tal forma se crean barrios enteros en las ciudades terminales, residencia de un lumpen-proletariado de origen antillano, en los cuales se desarrollará un proceso acelerado de degradación urbana, económica y social. Estos barrios con su población original constituyen, aún en nuestros días, verdaderos reducidos en el centro de las ciudades de Panamá y Colón. Pero esa población de origen antillano y sus descendientes realiza un aporte de su interesante cultura, añadiendo un elemento valioso a la diversidad nacional, uno de los fundamentos de su profunda unidad.

El impacto de las obras del canal en la formación de la población de Panamá, sobre todo en siglo XX, es considerable. Así, en 1911, uno de cada cuatro habitantes del Istmo incluyendo la Zona del Canal, es extranjero. En la región metropolitana (provin-

cias de Panamá y Colón y la Zona del Canal, más de la mitad de la población ha nacido en el exterior. Aunque el motivo de la inmigración es generalmente trabajar en las obras del canal y el propósito de la estadía es temporal, muchos extranjeros optan por permanecer en el país. En 1920, después de haber constatado la partida de la mayor parte de los trabajadores temporales, aún 12% de la población del Istmo de Panamá es extranjera, alcanzando la tasa el 33% para la región más importante, la metropolitana y en particular en las ciudades de Panamá y Colón y los centros urbanos de la Zona del Canal.

De tal forma Panamá, uno de los más antiguos países del Continente Americano resulta ser, demográficamente, relativamente nuevo, producto del aporte reciente de hombres venidos de todas partes y principalmente de los Estados Unidos, Europa mediterránea y las Antillas.

9. Conclusión.

La presencia africana en Panamá se realiza de dos maneras diferentes. La primera, durante la época colonial y mediante el grupo de esclavos que se quedan y los transeúntes, es directa, sin intermediarios culturales. Entre el Continente negro y Panamá media sólo una corta estadía antillana, de trasbordo. Los fenómenos de interacciones culturales y el peso e intensidad de la aculturación y la transcultura-

CUADRO No. 2

**LA POBLACION DE LAS GOBERNACIONES DEL
ISTMO DE PANAMA EN 1778 SEGUN LOS GRUPOS ESTAMENTALES***

Castas	Gobernaciones				
		Panamá ^a	Portobelo ^b	Veraguas ^c	Darién ^d
blancos	H.	3.840	65	587	30
	M.	3.963	40	536	3
	Total	7.803	105	1.123	33
Esclavos	H.	1.539	89	199	42
	M.	1.254	96	212	43
	Total	2.793	185	411	85
Libres de todos Colores	H.	9.163	588	5.854	415
	M.	10.533	823	5.668	327
	Total	19.702	1.411	11.522	742
Indios	H.	2.619	32	3.897	208
	M.	2.851	13	4.057	192
	Total	5.470	45	7.954	400
Religiosos	H.	151	16	51	6
	M.	36	-	-	-
	Total	187	16	51	6
	Total General	35.955	1.762	21.061	1.266

* Se trata de población censada solamente

H. = Hombres

M. = Mujeres

a actuales provincias de Panamá, Coeló, Herrera y Los Santos

b actual provincia de Colón

c actuales provincias de Veraguas y Chiriquí.

d Darién y San Blas.

Fuentes: Francisco SILVESTRE, Descripción del Reyno de Santa Fé de Bogotá, pub. por Juan A. Susto. Panamá 1927.

CUADRO No. 3

EMPLEADOS DEL CANAL DE PANAMA SEGUN LA RAZA 1906 - 1920

Año	Fuerza laboral total	% de empleados de color	% de empleados blancos
1906	26.547	80	20
1907	39.238	72	28
1908	43.890	71	29
1909	47.167	75	25
1910	50.802	74	26
1911	48.876	74	26
1912	50.893	75	25
1913	56.654	78	22
1914	44.329	84	16
1915	34.785	86	14
1916	33.176	86	14
1917	32.589	85	15
1918	25.520	82	18
1919	24.204	82	18
1920	20.673	77	23
1921	14.389	73	27

Fuente: Según James SIMMONS y otros, Malaria in Panama, Baltimore 1939, p. 122, cuadro 32.

ción es notable durante los siglos XVII y XVIII por la magnitud del contingente de esclavos presentes, sobre todo en la región transísmica y particularmente en la ciudad de Panamá. La inserción de estos esclavos en un modo de producción típicamente esclavista en la ciudad, crea una estructura de relaciones y una dialéctica de intercambios semejante a las que se han estudiado en el resto de la América tropical. Es a través de las ciudades, de Panamá en primer lugar y de los principales poblados del interior, que el Africa se impone en el Istmo ganando, primero y en gran medida, el alma de los dominantes blancos. Luego, naturalmente, la presencia africana aparece también en el cuerpo de las crecientes poblaciones mestizas, sobre todo las

más coloreadas de negro y localizadas en bolsones urbanos y rurales, en las regiones más integradas a las economías de mercado.

Finalmente, otra Africa, ya transformada y evolucionada en las Antillas de habla inglesa y francesa, se hace presente en Panamá, desde mediados del siglo XIV y principalmente desde los primeros años del siglo XX, cuando importantes contingentes de trabajadores antillanos de las obras canaleras deciden, después de terminada su obligación laboral, permanecer en el Istmo. Así, el Africa, con y sin intermediarios, constituye hoy, un punto de referencia cultural importante para comprender mejor a las poblaciones que forman la sociedad nacional.

CUADRO No. 1

LA TRATA DE ESCLAVOS EN EL ISTMO DE PANAMA EN EL SIGLO XVIII

Años	Total de esclavos introducidos*	Organizadores de la trata negra	Modalidades de ordenamiento jurídico-comercial
1703-1713	6.864**	Compañía francesa de Guinea	asiento
1713-1739	18.051***	Compañía de Inglaterra	asiento
1743-1745	832	Julien de Barbotteau	licencia
1746-1748	592	Francisco Malhorty	licencia
1748-1757	5.612	Joseph Ruis de Noriega	contrata
1758-1761	1.873	Jorge Frier	licencia
1758-1761	625	Juan de Archederreta	licencia
1764-1766	905	Francisca de Miranda	
		Marquesa de Valchoyos	licencia
1764-1779	2.073	Compañía de Arístegui y Aguirre	asiento
1783-1792	1.804	comerciantes libres	licencias
1793-1802	240***	comerciantes libres	licencias

* La mayor parte para el comercio de reexportación hacia las costas de la América del Sur y Mesoamérica.

** 6.157 esclavos introducidos por la Compañía de Guinea y 707 esclavos traídos por comerciantes libres con licencias.

*** Datos parciales.

Fuente: Omar Jaén Suárez, La Población del Istmo de Panamá del siglo XVI al siglo XX, Panamá 1978.